

## **Un cuento para mi pueblo**

Érase una vez, de esto hace pocos años, un pueblecito, muy pequeño, tan pequeño como encantador, donde vivía gente, mucha gente. Hombres y mujeres, casi todos iguales, curtidos por el rudo trabajo cotidiano, que a menudo tantos sinsabores les causaba, porque apenas les daba para vivir, que tan corto era su pago; pero gracias al cual vivían y hasta estuvieron a punto de aprender a ser felices, dentro de aquella extremada humildad. Con sus hijos que eran muchos y siempre rodeados de tantos animales domésticos y de cabaña, con quienes cambiaban mutuamente sus alimentos y se ayudaban con su trabajo, que vivían entre ellos casi en promiscuidad y a los que profesaban un singular afecto.

En aquellos tiempos, que tan lejanos parecen ya y que tan frescos están en la memoria, todos, personas y animales, estaban obligados a quererse mucho, porque allí nadie podía vivir solo o de espaldas al otro. Con alegría a veces, a duras penas otras, resignados siempre, todos, personas y animales, aportaban con su particular esfuerzo y con el esfuerzo conjunto cuando era necesario, algo bueno al patrimonio común.

Y de esta manera, en aquel pueblo tan pequeño y encantador, se ayudaban y aprendieron, a salir adelante en tan durísima existencia y lograron hacer un pueblo casi grande.

Sabían en aquel pueblo que ayudándose unos a otros, el esfuerzo tocaba a menos, las penas se soportaban mejor. Y de esta manera lograban olvidar a diario muchas rencillas, chismes y hasta viejas querellas quedaron atrás. Liberando las mentes, de lo bueno llegaba más. Sabía ingenuidad de aquellas gentes humildes, que aprendieron así a hacer más llevadera su existencia, serenando ambiciones, consolándose en el llanto, compartiendo la alegría. Y así, y a pesar de todo, el buen hacer de aquellas gentes de aquel pueblo, consiguieron que en él la vida cada vez fuese un poco mejor para ellos y como legado a la posteridad. Y dotaron al pueblo aquel de muchas cosas útiles y bonitas, porque se dieron cuenta de que todo les era necesario. Y por sus calles surgieron fuentecillas, árboles, jardincillos, que dieron belleza a aquel pueblo pequeño. Con los pocos medios que tenían, pero con el esfuerzo unido, aquellas gentes aprendieron a cuidar su pueblo, que para ellos llegó a ser esplendoroso, donde la vida bullía a borbotones. Trabajo y pan no les faltaban, y buenos deseos también. Y en su encantadora ingenuidad llegaron a hacer

promesas futuras. Mas poco después, con demasiada rapidez y aunque las gentes de aquel pueblo se resistían a creerlo, antes de que llegasen aquellas promesas futuras, hizo presa de ellos la realidad estúpida y cruel, descubriendo con brutalidad e irreverencia lo efímero de sus sueños, de los logros tan penosamente conseguidos, la futilidad de los mismos. Y los ojos de aquellas gentes de aquel pueblo que ya era bonito se tornaron tristes y en ellos se percibía la perplejidad. Se negaron a contemplar lo que tenían con el mismo cariño, no llegaron a comprender lo que ocurría y comenzaron a mirar fijamente hacia otros sitios. Perdieron amores por aquel pueblo, ya no les parecía tan bonito; se volvieron algo más egoístas, hasta un poco cobardes aquellas gentes y ya apenas se ayudaban. Y así fue como, cuando mayor parecía la pujanza de aquel pueblo, que con tanto orgullo de sus gentes había resistido los duros embates de la vida, llegó la destemplanza colectiva y luego hasta cerril, que ya creían desaparecida. Hizo presa en las gentes que allí vivían, que avivaron mentes ajenas y todos comenzaron a huir de aquel pueblo despavoridos, como alma que lleva el diablo, como huyendo de la peor de las pestes. Abrieron aquellas gentes desmesuradamente los ojos, por donde se introdujo la vida real tan cargada de maravillas y espejismos, señuelos placenteros que condujeron a las gentes todas de aquel pueblo, a la diáspora errante por quien sabe qué mundos y tierras tan dispares, donde tuvieron que aprender otra vez a ganar el pan, a estrechar nuevas manos amigas que comparten sus penas y alegrías, a rumiar recuerdos de aquel pueblo que tanto les dio y a donde no retornarán jamás.

Y así quedó despiadadamente diezmado aquel pueblo, que jamás por eso ha dejado de ser bello.

Pueblo añorante siempre de ese cercano pasado, del que ya casi ni se acuerda, hoy se mira recatado en su belleza, ya más humilde, que la vida le enseñó a serlo.

Piensa con tristeza aquel pueblo que no hizo tanto mal para merecerlo, que la vida no le ha juzgado con justeza y no comprende bien su destino final.

Y no es extraño no, que de vez en cuando este pueblo se ruborice, se alegre, a su faz llegue la gran felicidad, cuando sus gentes, aquellas que ya no retornarán, vuelven de vez en cuando a robarle algo de su silencio y de su paz y a que le hablen de recuerdos viejos y añoranzas nuevas, sinfonía sugerente de tantas cosas que atrás quedaron ya.

Y se me ocurre a mí pensar si es que todo tenía que ser así y

aquel pueblo remoto y humilde en su origen, a medias protagonista de su pujanza y de su caída, no habrá encontrado acomodo, forzoso, eso sí, en esta su nueva forma de vida y sabe que cada vez verá, también así, como el cariño de los suyos, que aún queda, de hoy y de entonces, tendidos por quien sabe qué lugares, alargan sus brazos y sus raíces vigorosas, para nutrirse al fin, siquiera un poco, de tanta paz como allí dejaron.

Publicado en el Diario de Teruel, el día 4 de marzo de 1.990  
Con el título SEMBLANZAS DE MI PUEBLO